

CAPITULO SEGUNDO

LA FAMILIA PARA EL NIÑO

I.—DIFERENTES TIPOS DE MADRES.

a).—MADRES ABUSIVAS.—Son las que hacen mal uso, según la etimología de la palabra, de ese sentimiento natural que es el instinto maternal desviándolo casi siempre egoístamente de su fin exclusivo: El Niño.

Características del amor maternal abusivo.—Lo que distingue al amor maternal del abusivo, es que el primero sirve al niño, en tanto el segundo sirve a la madre. El primero es oblativo, el segundo es captativo.

El amor maternal sano es oblativo, se entrega sin cálculos, sin esbozos, se apega ante el interés y la realización del hijo por quien se sacrifica lo necesario; la madre se coloca detrás del hijo y no frente a él. Es el más desinteresado de todos los sentimientos.

El amor maternal abusivo, es por el contrario esencialmente captativo. El niño sirve a la madre, o ella se sirve de él en una forma muy sutil y muy inconsciente, a pesar de una fachada aparentemente desinteresada. Quiere, espera si es necesario que el comportamiento del niño sea conforme a lo que de él se espera; es decir, que le compense sus insatisfacciones afectivas, profundo (recurso del niño) que realiza un ideal frustrado por ser frecuentemente irrealizable o simplemente que comparta sus ideales y sus prejuicios sociales.

Ella quiere la perfección ante todo. El niño debe carecer de defectos comportarse como adulto sin serlo, no hace nada que carezca del visado maternal. Ella quiere, finalmente, pruebas de amor para alimentar su egoísmo arrebatado; "el cariño a que tengo derecho" o para compensar sus insatisfacciones afectivas.

La madre abusiva es exigente, pero inconsciente al mismo tiempo, debido al carácter anormal de su amor casi siempre la tiranía maternal entra en juego con toda la buena fe del mundo y se manifiesta a veces en forma caricaturesca.

En suma, se trata de una verdadera dictadura que Mauco ha denominado "El Maternalismo".

b).—MADRES SOLITARIAS.—Todos los peligros que afectan a una madre imperfecta, aunque sea insuficiente, abusiva u odiosa, pueden compensarse más o menos con la presencia del padre. Estas restricciones no son siempre fáciles; a pesar de todo, la existencia de un matrimonio compensa las dificultades que el niño pueda encontrar en el hogar por obra del padre o de la madre; de esta forma en el sentido que una posible agravación en los riesgos corridos por el niño, se plantea el problema de las madres solitarias; varía según las causas que produzcan esta soledad.

LA MADRE SOLTERA.—No ha deseado generalmente su embarazo; a pesar de ello no es extraño que quiera a su hijo como todas las mujeres solas, quiere y debe casi siempre asumir todos los cargos, no sólo materiales sino también afectivos del hogar. Los primeros son a costa de una presencia muy insuficiente cerca del hijo cuando la madre debe trabajar. Lo segundo sólo puede serlo muy imperfectamente; por bien que desempeñe su papel de madre, la autoridad que deba manifestar jamás tendrá la calidad de un padre.

El hijo de una madre soltera es casi único y no puede gozar de las ventajas de la rivalidad maternal que se establece en toda la familia que está normalmente constituida. Cada uno de los elementos tiene un papel que desempeñar y puede hacerlo perfectamente; sin embargo, existen madres solteras, mujeres solas que crían admirablemente a sus hijos.

LA VIUDA.—Podría decirse que representa el mejor riesgo, tiende fácilmente a olvidar las malas cualidades del difunto y su misma ausencia permite presenciar al niño, una imagen paterna próxima al ideal que se forja.

Es necesario, que con su recuerdo no se idealice al punto que el niño renuncie a identificarse con un ser tan perfecto. De todas maneras una imagen no puede reemplazar a un ser viviente, no puede asumir sus responsabilidades cotidianas y desempeñar el papel que le es atribuido.

Algunas mujeres que enviudan con hijos pequeños, se niegan con fidelidad que las honra volver a casarse; por temor de dar a sus hijos un padrastro, que podría quererles poco, o competir con el recuerdo idealizado del padre. Creen sacrificarse por ellos y en realidad los privan de una presencia y de una imagen necesaria a su evolución afectiva normal. Esto es aceptable, cuando los niños son muy pequeños, más tarde es distinto.

LA DIVORCIADA.—Generalmente se ha separado de su marido, por motivos de índole personal. Corre el riesgo contrario que la viuda, al desvalorizar excesivamente a ojos de sus hijos la imagen paternal y por consiguiente, de desviar peligrosamente su evolución afectiva.

c).—LA MADRASTRA.—Hay que reconocer que la madrastra goza de una mala reputación, que se encuentra en una situación muy difícil. O temer ser la madrastra, en el sentido peyorativo de la palabra y peca por exceso, multiplicando las muestras de afecto a sus hijastros, o bien llega no sin dificultades a mantener una justa medida en el reparto de su cariño propio a sus hijos, equilibrio muy difícil de mantener, o bien y esto se da más corrientemente, la madrastra sólo es madrastra; es decir, un mal substituto maternal más nocivo y útil.

De todas maneras citaremos en cuadro de honor de las madrastras a aquellas que protegen a sus hijastros contra su padre torpe, brutal o hasta indiferente. El amor que les traen es frecuentemente, a pesar de sus imperfecciones, el primero que conocen esos niños y que toman a su cargo.

II.—UN AMBIENTE FAMILIAR NORMAL.

Muchos problemas que se resuelven sin dificultad en la práctica, requieren cálculos complicados por poco que se pretenda dar a su solución una justificación teórica; es así como una sencilla verdad, el niño necesita de una familia, no podría ser considerada como una verdad mientras el estudio de la psicología de la infancia no hubo llegado suficientemente lejos, como para permitir ver y comprender la función real de la familia, en el desarrollo del individuo. La importancia de los estudios psicológicos aplicados a la primera infancia, nos permite analizar las razones por las cuales el medio familiar se aviene y al mismo tiempo, nos ofrece la posibilidad de adaptar mejor ese medio a su función.

No es por derecho ni por su sola existencia, que la familia constituye el mejor terreno para el crecimiento de una criatura. El niño necesita de una familia, si juzgamos que la familia le es necesaria, eso no nos libra muy por lo contrario de tratar de precisar qué cosa en la familia le es necesaria. De tal suerte habrá que trabajar a la vez en mejorar las condiciones de vida natural, para aquellos que ya la disfrutan y crean para los que no la poseen, condiciones más favorables posibles.

El grupo familiar responde a las exigencias de amor y de relativa independencia. Desde luego no siempre es amable, suave, afectuoso, pero precisamente una alimentación un poco más consistente se hace necesaria con la edad. Terquedades, disputas, reprimendas, cóleras, rivalidades, descansan generalmente sobre una base de amor e intereses comunes.

No se puede tampoco afirmar en todas las etapas y en todos los instantes de su evolución, que los niños que gozan de condiciones familiares normales mostrarán ventajas sobre otros. Los estudios comparados realizados por la señorita Ana Freud, destacan las particularidades habituales del niño educado desde su más tierna edad en un orfanato, las características de esa diferencia (entre el niño que está con su familia y el pequeño internado), han sido reconocidas, ya sea por observaciones individuales, cuando ciertos niños educados en pensiones, se han vuelto más tarde en antisociales o criminales. En resumen, en el transcurso de los dos primeros años de su vida, el niño aislado aventaja en todo en cuanto no atañe el lado afectivo de su naturaleza, que no ha sido interesado. Es todo lo contrario en el niño que atado a su madre, a su familia por los lazos afectivos, estos juegan como motor de su desarrollo.

En consecuencia, ese lazo afectivo es primordial en gran parte de su desenvolvimiento, porque sin él, el niño no alcanzará la vida de relación, siendo que la vida de relación es indispensable a la especie humana. Se ve pues, que la estructura misma de la familia normal, responde mejor que cualquier otra a las necesidades afectivas del niño. Encuentra en su hogar natural, el terreno que conviene a la elección de su personalidad, terreno más o menos favorable según los casos, es lógico reconocerlo.

No se ha hallado hasta la fecha nada mejor que tratar de construir por síntesis, un ambiente lo más parecido posible al presente. El ambiente familiar parece ser hecho para amortiguar los primeros choques y la educación que en él se recibe logra, en parte, interponerse entre el experimentador y las reacciones que en su temeridad puede provocar. Muchas veces la familia va demasiado lejos en ese aspecto.

Es así como en vez de dejarlos adquirir conciencia de la realidad, la educación levanta un biombo protector que llega a disimularla totalmente. Las experiencias del niño resultan entonces falseadas porque la familia por exceso de celo ha extremado su misión. La familia es, o debiera ser, el lugar donde se sabe que uno puede ser renegado y donde uno no puede ser excluido. El niño necesita de esas certezas tranquilizadoras, es por naturaleza demasiado movido para soportar a su alrededor un universo inestable. Acontece a veces que este refugio toma el aspecto de una prisión, en algún sentido también es cierto que las prisiones son refugio. Pero la familia tiene por función ser un refugio como un puerto al que se sueña retornar de tiempo en tiempo, hacer en él una escala y no como una prisión en la que sólo se sueña evadirse.

Desgraciadamente el abrigo se desintegra en ocasiones; es entonces cuando valoramos su necesidad, cuando el hogar se deshace es la personalidad misma del niño la que se desintegra al unísono.

Un análisis de profundidad revela muchas veces la influencia de la seguridad familiar, más sobre el plano psíquico que sobre el material, del cual, desde luego, no hay que menospreciar su importancia. Pero sobre éste último la familia no es evidentemente irremplazable.

La familia es un ambiente heterogéneo, de ahí que se distingue tanto de las mejoras de los ambientes artificiales, que se tratan de construir para el niño privado del hogar.

Los niños de edad diferentes, se aportan mutuamente más conocimientos que los de la misma edad. Hasta la presencia de los más pequeños aportan a los grandes una experiencia necesaria. Verdaderamente parece que la heterogeneidad es la mejor condición adecuada y muchas veces hemos tenido oportunidad de constatar los inconvenientes de su insuficiencia.

Cuando la comunidad es casi exclusivamente femenina o masculina, esta homogeneidad tiende efectivamente a crear dificultades psicológicas a cada uno de sus miembros, sobre todo a su vez tiene que crear un hogar y ubicarse en una sociedad más diferenciada.

Cierto que no es, ni puede ser perfecta, no es menos cierto que sus imperfecciones pueden tener consecuencias dramáticas para el desenvolvimiento del niño. La sensibilidad del mismo para todo lo que atañe al ambiente familiar, debe identificarse no como una selectividad de éste, sino como prueba de su importancia vital.

La familia constituye una especie de personalidad colectiva, donde la armonía general recurre sobre la armonía de cada una de las partes. El cuerpo del niño se forma de una serie de diferenciaciones celulares en el interior del organismo materno, de donde se absorbe sus sustancias y de donde se des-

prende llegado el tiempo por la naturaleza. Pero una vez cortado el cordón umbilical, ese trabajo de diferenciación no ha terminado; ahora sobre el ambiente psíquico y el organismo familiar guardará con el niño, durante mucho tiempo un papel de relación semejante al que desempeña el organismo materno antes del nacimiento. He aquí porqué las primeras relaciones del niño con un círculo no son comparables a las que el adulto mantendrá más tarde con otros adultos.

Cuando los padres tienen reacciones atinadas, el niño supera fácilmente esas pruebas y encuentra el equilibrio que perdiera momentáneamente.

Para proteger su crecimiento, también es menester que las reglas morales y materiales que regirán su vida, tengan apariencia de inmutabilidad tranquilizadora sin que por ello adquieran un carácter obsesionante.

Para que el niño se sienta seguro, es necesario que la voluntad de los padres, los principios de los padres, sean presentados como cosas constantes y estables. Desde el nacimiento del niño, los padres deben pensar que una parte de su tarea consiste en prepararle, para que pueda un día librarse de ellos. Para que la familia comprenda su función, no debe apartarse de la vida, sino ser una escuela de la vida.

III.—LA FAMILIA Y LA PERSONALIDAD DEL NIÑO.

La familia tolera en sus miembros una espontaneidad bastante grande, se halla animada por la vida un poco impulsiva de los niños, aparece como el grupo más natural de nuestra época, el más apto para conformar la sensibilidad del niño. Por otro lado, sigue sometido a la creencia de los grupos humanos, económicos, sociales, políticos e ideológicos que lo rodean. No se limita a sufrirlos, los utiliza como lo prueban los derechos que se hacen reconocer en materia económica y a veces política. Pero en cuanto a lo esencial, es el instrumento de la adaptación del niño a las diversas sociedades.

Esta doble orientación de la vida familiar contribuye a crear en el niño una cualidad de aptitudes, el impulso espontáneo y el auto-control, la simpatía y la disciplina, pero la realidad es aún más compleja; pues en el interior de la familia, no sólo se despliega el afecto, sino también la agresividad y la envidia; bajo la influencia de relaciones sociales.

Desde antes de su entrada a clases el niño ha hecho pues, el aprendizaje de una pluralidad de aptitudes; el impulso de los padres, la alegría y el deseo de vivir con los hermanos y compañeros, la admiración y el respeto hacia los adultos dotados de un poder excepcional, la hostilidad para con los extraños, el amor propio, la excitación del juego colectivo.

Sobre la base de dichos sentimientos, el mundo humano aparece compuesto de elementos negativos y positivos, están los amables y los malos, los prestigiosos y los desdeñables, los fuertes y los débiles. Pero que depende que en un determinado niño predominen ciertas actitudes, que unos busquen ante todo la protección, unos el dominio y otros el progreso.

La familia cumple una importante función en la cristalización de estas actitudes. Le corresponde en efecto, filtrar y glosar las influencias que se ejer-

cieron sobre el niño. Encontramos según este punto de vista, diversos tipos de familias.

En un polo se encuentra el círculo de la familia cerrada al mundo exterior, donde la madre desempeña un papel preponderante, el niño es allí tímido, le cuesta trabajo afrontar a los extraños, se pone bajo la protección de un maestro o de otros niños más grandes y se encuentra a gusto encerrado.

En el otro polo está la familia abierta a todas las influencias de estructura fluida. El niño no puede apoyarse allí en nadie, se ve librado a sí mismo, receptivo respecto a los extraños, obligado a conquistar todo su equilibrio, muy abierto, oscila entre las influencias a que está sometido.

Entre estos dos tipos encontramos las familias cerradas, donde sin embargo, las relaciones no son complejas (familias numerosas donde los abuelos, los tíos, ocupan un lugar amplio) y todos los matices de familias semiabiertos a ciertos amigos, a una cierta forma de vivir pública, a ciertas distracciones y a ciertos problemas, pero no a otros.

La oposición de los diversos tipos humanos, que se ofrecen al niño, le permiten experimentar y comparar el valor de los diversos modos de vida: esto no deja de desencadenar conflictos, cada tipo de familia tiene sus méritos y sus insuficiencias.

Toca a los padres cobrar conciencia de estos últimos, a fin de remediarlos. Se trata en primer término, de que halle claramente definido el objeto de la educación; es preciso que el niño sea capaz de dominar el número de las influencias posibles, es decir, de abrirse a ellas para integrarlas. Para alcanzar este fin, hay que ponerlo en contacto con la diversidad de los aspectos de lo real y social, procurando colocarlo en condiciones de seguir los ejemplos positivos, de desear seguirlos. Este deseo de cambiar y de procurar progresar, debe ser el objeto de mayor admisión por parte de los padres.

No basta desde este punto de vista con criticar al niño, pues se corre el riesgo de crear un sentimiento de inferioridad. El contacto con los niños permite a los demás jóvenes cobrar conciencia de cuanto hay insuficientemente en sus conductas habituales y resulta de la mayor importancia. En efecto, esta toma de conciencia se operará en una atmósfera de alegría, en una emulación que puede transformar al niño; esto hace indispensable la apertura del círculo familiar, la educación exige desde muy temprano la conjugación de la alternación de las incitaciones de las críticas provenientes de los adultos y de las sollicitaciones de un ambiente infantil, donde cada cual puede desempeñar el papel del mayor y el papel del menor.

Para orientarse en materia pedagógica, los padres pueden orientarse en un método cómodo, se trata de preguntarse acerca de cada una de las actitudes de su hijo. Qué sucedería si permaneciera preponderante; verán entonces dibujarse en él la despreocupación del egoísta o crítica pesimista de aquel que no sabe adaptarse a ningún grupo.

La ironía inerte de aquel que no toma parte alguna en la acción, el impulso hacia la innovación del soñador; la fe en la amistad, el deseo de ayudar, la insatisfacción para consigo mismo. No hay que alarmarse por cierto,

de ver cómo se insinúan ciertos desvíos ni entusiasmarse al comprobar ciertas casualidades. No hay allí sino el germen de los defectos y las virtudes del adulto; pero, en fin, tampoco corresponde descuidar estos índices, será tanto más fácil descubrir las influencias que pueden contrarrestar a los unos y desarrollar a los otros, cuanto con mayor claridad se plantee el problema. Y así llegar a hacer posible, considerando esta imagen de la vida familiar que nos ofrece la personalidad del niño, tomar conciencia de sus cualidades y de sus defectos. Este se encuentra en la familia; demasiado reflejado en sus problemas, ella ha engendrado este carácter introvertido, que los padres se lamenten diciendo que sus hijos no se les confía; demasiado dispersar, ello ha dado lugar a la imposibilidad, a la ausencia de línea directiva y de auto-dominio, que valen al niño castigo y fracasos escolares.

Dejen los padres de acusar un temperamento que quizá desempeñe una función, pero que en definitiva no tienen tanta influencia con sus propias actividades. Tomen conciencia de que la introversión excesiva manifestada en un niño, son el reflejo de sus propias actitudes y de su concepción de la vida.